

Nadie podía presumir que aquella fuera la causa de la enfermedad de Velazquez de Leon.

Litzajaya tenia los medios de curarle, y así lo hizo, aunque con lentitud, porque deseaba inspirarle gratitud y tener ocasion de entablar con él las relaciones que su vista le habian inspirado.

## CAPITULO XLI.

### Lo que hace la pasión.

**E**l enfermo fué poco á poco recuperando las fuerzas que habia perdido, y cuando supo que debia aquel inmenso beneficio á Litzajaya, no la ocultó su gratitud.

—Bien hayas tú, le dijo, que con mano generosa me has devuelto la vida.

—Si algun afecto merece de tu parte, contestó Litzajaya, el favor que he podido dispensarte, justo será que exija el premio.

—Pídeme cuanto desees.

—No quiero imponerte un gran sacrificio: solo te pido una revelacion.

—¿Cuál?

—¿Crees que debemos ser amigos?

—¿Por ventura puedes dudar que correspondo con toda mi alma al afecto que me demuestras?

—Pues bien; en ese caso, contesta á las preguntas que voy á hacerte. ¿Cuál ha sido el objeto de tu venida aquí?

—Restablecer la paz entre los habitantes de Pánuco, dar fuerza á tu esposo, defender sus derechos, explorar vuestro ánimo para saber si deseais libraros de la dominacion de Moctezuma.

—Lo habia adivinado.

Litzajaya no preguntó más por entónces á Velazquez de Leon.

Dos dias despues dijo éste á su salvadora:

—Para aplazar el objeto de mi venida, necesito tu apoyo.

—Cuenta con él.

—Naothael desea sin duda alguna dejar de ser tributario de Moctezuma; pero en la duda de si logrará ó no este inmenso beneficio, vacilará en declararle la guerra.

—Tú lo has dicho.

—Pues bien; yo necesito celebrar una entrevista con tu esposo para rogarle que firme un pacto conmigo, que represento aquí á Hernan Cortés, quien á su vez representa en México al monarca de España, declarando que reconoce su supremacía, y que al saber las afectuosas muestras de amistad que ha dado Moctezuma á los españoles, deseando interpretar sus sentimientos, sigue su ejemplo.

De esta manera no se compromete, y queda en libertad de responder á todos los cargos que pueda hacerle un dia Moctezuma.

—Tus palabras, dijo Litzajaya, me demuestran que no es tan desinteresada tu amistad como la nuestra.

—Si eso crees, olvida las palabras que he pronunciado.

—No; yo estoy dispuesta á ayudarte, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—¿No me has dicho que deseas tener una entrevista con mi esposo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando él disponga.

—Mañana mismo.

—¿Cuentas con su vénia?

—Naothael hace cuanto le digo.

—En ese caso, mañana.

—¿Como es natural, desearás que á esa entrevista no asista nadie?

—Ese es mi deseo.

—En cambio, tú tampoco llevarás compañía.

—Mis soldados, que vienen á escoltarme, porque es su deber, quedarán á la puerta de vuestro palacio.

—Bien está; hasta mañana.

—¿Pero no me dices qué condiciones exiges de mí para ayudarme?

—Mañana las sabrás. De tí dependen que se realicen todos tus proyectos.

Y al pronunciar aquella frase ofreció en una mirada todo el tesoro de su amor al jóven capitan de los españoles.

Litzajaya tornó á palacio con su servidumbre, y se guardó muy bien de anunciar á su esposo la pretension de Velazquez de Leon.

Satisfecho Naothael, al saber por su esposa que el capitan de los españoles estaba completamente restablecido, quiso pasar á su alojamiento con gran aparato para manifestarle su inmensa satisfaccion, y al mismo tiempo dispuso que se celebraran solemnes funciones en los templos, dando gracias á los dioses por la alegría que le dispensaban.

Entónces Litzajaya le dijo:

—Su deber es venir á verme, y vendrá. Dispon esos festejos; pero tú no asistas á á ellos: es necesario que hables á solas con el capitan de los españoles, que averigües cuáles son sus propósitos.

Naothael se dispuso á complacer á Litzajaya.

Al anoecer salió la jóven india al jardin que rodeaba su palacio, cogió unas yerbas, las machacó con una piedra, la masa que formó la tuvo algun tiempo á la luna, y volvió despues al palacio.

Naothael habia mandado ya á los teopixques celebrar unos sacrificios en accion de gracias, y el pueblo se preparaba para asistir á ellos al dia siguiente.

El cacique se retiró á su aposento, y todo quedó en silencio. En medio de la noche llegó Litzajaya hasta la hamaca en donde dormía Naothael.

Con las yerbas que había cogido en el jardín frotó sus sienes, y se alejó.

Al día siguiente fueron á avisarla que Naothael sufría.

Corrió á su aposento, le examinó, y tranquilizó á todos los que le rodeaban.

—Podeis ir á las fiestas; Naothael estará bueno en breve, y podrá recibir al jefe de los españoles.

Cuando se quedó sola con su esposo:

—Necesitas descansar, le dijo, en el sueño hallarás la salud y voy á hacer que duermas.

En efecto; le dió un narcótico calculando que el estupor que debía producirle durase el tiempo justo para realizar los proyectos que había concebido.

Poco después quedó profundamente dormido el cacique.

No habria trascurrido una hora desde que dormía, cuando se presentó Velazquez de Leon.

Para dar una prueba á Naothael de lo seguro que se creía en el palacio, despidió á sus soldados, y atravesó las habitaciones que conducian al aposento de Naothael.

No encontró á nadie hasta llegar á la antecámara del cacique.

Allí se presentó á su vista Litzajaya.

—Bien venido seas, le dijo; ¿estás dispuesto á aceptar mis condiciones?

—Desde luego, si Naothael acepta las mias. ¿Puedo verle?

—Sí; entra.

Velazquez de Leon entró en el aposento de Naothael, y Litzajaya, mostrándole el lecho en donde yacía:

—Mírale, dijo.

—¿Duerme?

—Sí, duerme; pero no tengas cuidado. Aunque va á ser testigo de nuestra conversacion, no oirá nada.

—¿Qué es esto? preguntó Velazquez de Leon asombrado.

—Esto es que yo soy en Pánuco quien resuelve todos los asuntos del Estado, y esto quiere decir que acepto desde luego tus condiciones si tú aceptas las mias.

A pesar de su valor, no pudo ménos de estremecerse el capitán de los españoles.

—¿Tienes miedo? le preguntó Litzajaya, profundizando con su mirada el corazón de Velazquez.

—Miedo no, dijo éste. Habla.

Y comenzó la escena que vamos á referir en capítulo aparte

CAPITULO XLII.

Donde se ve que Litzajaya, á pesar de ser salvaje, está a la altura de las mujeres mas civilizadas.



U has venido á Pánuco, exclamó Litzajaya, con otra idea que la qué me has confiado. Yo te conozco bien; he profundizado tu corazón, y he averiguado la verdad. Velazquez de Leon, tú has venido á apoderarte de Pánuco.

—Te engañas, Litzajaya, dijo el capitán de los españoles; no es ese mi ánimo, y si lo hubiera sido no lo hubiera negado, porque los españoles no ocultan nunca sus designios, y mucho ménos á sus enemigos.

—Lo sé; pero también sé que los primeros españoles que llegaron á estas regiones, que no conociais ántes, entraron como amigos y no tardaron en tratarnos como señores. Yo era muy niña aún; pero no he olvidado la triste situación de Guacanajari, no he olvidado las terribles persecuciones de que fué objeto el terrible Caonabo; no he olvidado que los indios que acogieron con entusiasmo á los extranjeros, que se sacrificaron por ellos, que les ofrecieron cuanto tenían, recibieron en pago de su generosidad el ominoso yugo de la esclavitud, el tributo más odioso. ¿Cómo quieres que dude de las intenciones que te han traído aquí?

Velazquez de Leon no sabia explicarse los motivos que obligaban á hablar de aquella manera á Litzajaya, y la dirigió una mirada escrutadora.

—Litzajaya, dijo, háblame con franqueza. Al traerme aquí, ¿me has tendido un lazo?

—¿Puedes creer semejante infamia en mí?

—No lo creo; pero las apariencias te condenan.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo yo? No; harta desgracia sería para Pánuco si por acaso me hubieras tendido un lazo. Tú, que conoces á los españoles, sabes muy bien que no perdonan las ofensas que se les infieren.

Pero no hablemos de eso. Yo estoy tranquilo; tú eres la que no parece estarlo tanto. Por mi parte, declaro solemnemente que solo he venido á devolveros la paz, á obtener en pago vuestra amistad y vuestra alianza con los españoles, para daros también, como un premio á esta amistad, la libertad, la independencia de que careceis, para libraros de un tributo más ominoso que el que tú sospechas: el que pagáis á Moctezuma.

No sorprendieron estas declaraciones á Litzajaya.

Harto habia comprendido que no era el ánimo de Velazquez de Leon imitar el ejemplo de Colon en Guanahani y en Santo Domingo. Pero convenia á su propósito mostrarse desconfiada al principio para que su confianza fuese mas apreciable despues.

—Creo lo que me dices, añadió, y en prueba de ello puedo asegurarte que el lazo que temes no ha de ser tan penoso para tí.

—Explicate.

—¿No ves á Naothael cómo asiste á nuestra conversacion sin enterarse de ella?

Velazquez de Leon fijó sus ojos en el cacique.

—¿Duerme? preguntó.

—Duerme, sí; pero no temas: no se despertará tan pronto.

—¿No es natural su sueño?

—Tú sabes que conozco la virtud de las yerbas, que te he librado de la muerte. Convenia á mi propósito que los servidores de mi esposo, al verte entrar, ignoraran que iba á hablar á solas contigo.

—¿Y has dado alguna bebida á Naothael?

—Le hecho un bien, dijo con cinismo Litzajaya. Yo deseaba hablarte; voy á hacerte revelaciones que de seguro le mortificarían si las oyera.

¿No es mejor para él que no las oiga?  
Litzajaya se presenta á los ojos de Velazquez de Leon como una mujer de superior inteligencia.

Cuando un hombre encuentra en su camino á una mujer en quien espera hallar la debilidad, y cuando ve que esta debilidad no existe en ella y se halla reemplazada por una inteligencia superior, el hombre experimenta un inmenso placer por verse subyugado, y la mujer adquiere á sus ojos un valor indescriptible.

Esto sucedia á Velazquez de Leon.

—Oyeme, dijo la india. Quizás te sorprenda la revelacion que voy á hacerte. Pero nosotras, las mujeres á quienes vosotros llamais salvajes, somos leales, decimos lo que siente nuestro corazon, y cuando la pasion nos domina no la ocultamos. Es entónces en nuestra alma el torrente que no halla valladar bastante á sujetarla; se desborda, y desvasta cuanto encuentra á su paso si no halla un dulce obstáculo, que allí contiene su fuerza, convierte su ímpetu torrencial en multitud de arrollos cristalinos, que bordando los prados, llevan aroma y colores á las flores que nacen en sus orillas. Velazquez de Leon, yo te amo.

Esta declaracion tan ruda, tan inesperada, tan enérgica, conmovió fuertemente al capitán.

—¿Me amas?

—Sí; te amo con esa fuerza, con esa locura, con ese frenesí del amor que encuentra imposibles que vencer. Yo no sé por que la suerte me ha condenado á nacer en este suelo y á vivir entre estas gentes, en cuya compañía he vivido hasta ahora.

Hay algo en mí me que me hace desear todo lo grande, todo lo difícil, todo lo insuperable, y como considero que tu amor se

halla en ese caso, tu amor me embelesa, tu amor me incita á arrostrar todo género de sacrificios. Ya has visto que he empezado á destruir los obstáculos que pudieran oponerse al logro de mis ensueños.

Velazquez de Leon vaciló un instante.

Litzajaya tenia condiciones para fascinarle, y le fascinó en efecto.

Siempre ha de haber flaqueza en la humanidad, y cuando la mujer es fuerte el hombre es débil.

Pero aunque la pasion pudiera alucinarle un momento, la razon debia obtener el triunfo en seguida.

Desde luego comprendia que en aquellas circunstancias no podia despreciar á aquella mujer, que se convertiria en una hiena.

Pero sin despreciarla, halagando sus aspiraciones, podia muy bien ir más allá del objeto de su viaje, y ofrecer á Hernan Cortés, no la amistad de un pueblo, sino un pueblo conquistado por las armas españolas.

Todas estas ideas, sumiéndole en una completa abstraccion, paralizaron su voz, y no contestó á las revelaciones de Litzajaya.

—¿No me respondes? exclamó la india. Has oido que te amo, ¿y no me has contestado que participas del amor que yo siento? ¿Y no has caido en mis brazos para jurarme en ellos eterna adoracion?

—Litzajaya, dijo Velazquez de Leon, hace poco me preguntaste si temia. Entónces no, ahora sí.

—¿Por qué?

—Porque ese amor que tú me has confesado late en mi pecho desde el primer momento en que te ví, porque al oir tus revelaciones se aviva, y yo no sé si tendrá fuerza para contenerse.

—¿Qué puede atormentarte?

—Ese cuerpo inanimado, que es mudo testigo de esta escena. Méenos temblaría si estuviese despierto; si despues de oirme, enojado y furioso, esgrimiera sus armas contra mí; si en lucha sangrienta pudiera obtener legítimamente el triunfo de su amor.

—¡Ah! No me amas como yo á tí.

—¿Por qué dices eso?

—La pasión es ciega; yo nada veo. Si hubiera obstáculos que vencer, los destruiría.

—Pues bien; seré cobarde hasta ese punto, te amaré en silencio, engañaré á Naothael; pero cuando yo parta de aquí vendrás conmigo.

—No; tú no partirás, dijo Litzajaya.

Pronunció estas palabras con un acento tal, que heló la sangre en las venas de Velazquez.

—Te ofrezco, continuó la india, realizar tus deseos si tú accedes á los míos. ¿Quieres la paz de Pánuco, la amistad de Naothael, su alianza para secundar los planes de tu jefe en México? Todo cuanto deseas lo obtendrás, y obtendrás más aún.

—Expílicate.

—No hay en Pánuco una sola persona que se atreva á oponerse á mi voluntad. Todos me consideran como su reina, como su dueña absoluta hasta de sus caprichos. Una palabra mía es una orden que todos cumplen, que todos se deleitan en cumplir.

—¿Y bien?

—El amor es infinito. Naothael caerá enfermo.

Poco á poco irá debilitándose su salud; sufrirá, y tras algunos dias de dolencia vendrá la muerte.

Yo seré libre, seré aclamada reina.

¿Quién se opone á que elija un nuevo esposo?

Y en ese caso, ¿quién puede oponerse á que seas tú el elegido?

—¿Tendrás valor?....

—Para todo, Velazquez, para todo.

Entonces tú enviarás lejos de aquí á los soldados que te acompañan; tendrás bastantes para que te defiendan con los de Pánuco, y aun haré más por tí: abrazaré tu religion, creeré en lo que tú creas, amaré lo que tú ames, y de este modo, al mismo tiempo que tu dicha podrás ofrecer á tu jefe la realizacion de sus sueños, que á mí no se me oculta.

El ha venido á conquistar á México, y lo conseguirá.

Nosotros le ayudaremos, y en premio de esta ayuda seremos libres, independientes y dichosos.

El amor ofrecía á Velazquez mucho más de lo que habia podido imaginar.

Las ideas de Litzajaya le asustaban.

Pero contaba con que el tiempo y los sucesos se opondrian á su realizacion.

De todos modos, no podian dolerle prendas, y jurando de nuevo eterno amor á Litzajaya, selló sus palabras con un tierno y cariñoso ósculo.

De pronto la india se separó de Velazquez de Leon.

—Ha llegado el momento en que va á despertar Naothael; vé á la antecámara y espera á que te llame.

En efecto; poco despues se acercó Litzajaya al lecho de su esposo.

Cogió de un búcaro unas flores, é hizo que aspirase su aroma.

Al poco tiempo se despertó Naothael.

—Velazquez de Leon espera tus órdenes para verte, dijo Litzajaya á su esposo.

Este salió al encuentro del capitán.

Velazquez quedó muy satisfecho de las promesas que le hizo Naothael.

Al retirarse, le recordó Litzajaya con una mirada abrasadora el pacto que habían hecho.

Por la tarde se solemnizó con grandes fiestas el convenio amistoso que habían celebrado el cacique de Pánuco y el capitán de los españoles.

## CAPITULO XLIII.

### Una corte en pequeño.



EMERÁBANSE los habitantes de Pánuco en hacer grato el tiempo que pasaban los españoles al lado suyo.

Velazquez, deseando cumplir la palabra que había empeñado, envió emisarios á Nazatcotlan, suplicándole una entrevista para tratar con él de la paz.

La entrevista se celebró en una aldea inmediata á Pánuco.

Nazatcotlan accedió á los deseos de Velazquez de Leon, porque había oido hablar de los españoles, y hasta entónces no había visto á ninguno.

La curiosidad principalmente le movió á acudir á la cita que le dió Velazquez de Leon.

En ella el capitán de los españoles le manifestó el objeto que le había llevado á Pánuco, los vivos deseos que tenia de restablecer la paz, destruyendo la guerra civil que asolaba á una poblacion tan activa, tan industriosa, tan á propósito para ser feliz.

Nazatcotlan contestó que por su parte no había tenido más objeto al rebelarse contra Naothael, que el de librar á su pueblo del yugo de los mexicanos.

—Pues bien, contestó Velazquez de Leon; ese es el objeto que nos ha obligado á venir á estas regiones.

En España ha sabido nuestro monarca, que es el más poderoso de la tierra, que muchos pueblos, que muchas trébus, sufrían